

## La selva produce enfermedad, la enfermedad produce sufrimiento, el sufrimiento produce santos

Sofía Botero Páez

Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: sbotero@catios.udea.edu.co

*Por obligación de conciencia. Los misioneros del Carmen Descalzo en Urabá (Colombia), 1918-1941.* Aída Cecilia Gálvez Abadía. Universidad del Rosario-Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia-ICANH, Bogotá, 2006, 216 p.

*De los documentos de los frailes carmelitas descalzos sobre su experiencia en la región entrelazan dos lugares comunes, el horror de la selva y el horror al salvajismo. Opté por priorizar lo primero e intencionalmente dejar a la sombra lo segundo*

Aída Gálvez

Este texto, derivado de un trabajo investigativo de tesis doctoral en antropología, nos remite a un tema muy poco usual en nuestra tradición de pesquisa antropológica: el sufrimiento, específicamente el sufrimiento de los misioneros empeñados en evangelizar a los indígenas en el noroccidente de Colombia. No deja de llamar la atención que la autora señale en varias ocasiones que su trabajo es de carácter etnográfico y no histórico —“quien busque un recuento lineal y palmario de la construcción, maduración y extensión de la prefectura apostólica de Urabá deberá descartar la lectura de este libro” (14)— porque, a mi juicio, el mayor interés de este texto está justamente en su particular mirada sobre la historia de la zona.

Luego de la introducción en que se presenta el texto y los lineamientos generales de su metodología, y la presentación dedicada a aspectos teóricos, el texto se articula en cinco capítulos y una reflexión final. Una profusa búsqueda de documentación realizada tanto en bibliotecas como en archivos de la orden religiosa, locales y nacionales, de España y Colombia, se completa con entrevistas a testigos

que corroboran lo encontrado en los documentos y proveen un inmenso caudal de información que permite al lector ir descubriendo objetos de estudio que, si bien es necesario precisar, se entrevén densos y llenos de matices en las transcripciones extensas que la investigadora realiza.

Reconociendo las distintas perspectivas desde las que las ciencias sociales han mirado la religión, la Iglesia, la enfermedad e incluso el dolor, la autora retoma y valida como marco teórico el “estatus moral del sufrimiento”,<sup>1</sup> por ser un asunto central al ideario cristiano. El sacrificio y el dolor, como maneras de expiar la culpa y llegar a Dios y ser digno de estar en su presencia, exigen, entre otras cosas, imitar a Jesús Cristo: es necesario sacrificarse por los demás, renunciar a los placeres y valores derivados de la vida terrena. La abstinencia, el enclaustramiento, el ayuno, la mendicidad e incluso la flagelación son herramientas, caminos y modos de llegar a ese ideal, y quien se sacrifica no solo logra la cercanía a Dios sino el reconocimiento social: quien sufre se convierte en ejemplo a ser seguido e imitado por los demás. Es de esta idea que se deriva la fuerza necesaria para asumir empresas tan riesgosas y difíciles como ir a la selva a implantar el evangelio. A partir de allí, el capítulo 1, titulado “Del yermo a la selva”, presenta rápidamente los aspectos más determinantes de la exégesis de la orden religiosa y las motivaciones de sus misiones en América.

En el capítulo 2, “¿Tierra de perdición o de promisión?”, entra en escena la selva: Urabá, zona de frontera, rica pero excesivamente caliente, insalubre, brumosa y sin caminos. Escribe la autora sobre lo que significó este reto: “La escritura misionera remite al duelo permanente que sostuvieron los frailes en la región, duelo en que la salud resultaba mal librada, pero victoriosa la conciencia del deber cumplido. Esto deriva en legitimación de las intervenciones misionales y deja en claro el heroísmo de los actores religiosos, como se verá en otros capítulos” (60).

El capítulo 3 está dedicado a “Obispos, misioneros y feligreses”. Para quien desconoce la historia de las misiones y sus protagonistas, este capítulo es sin duda el que presenta mayores posibilidades y matices históricos. La autora destaca el ambiente eclesiástico de la región, marcado por la presencia de la Madre Laura y sus acompañantes: “monjas cabras”, “monjas maiceras”, empeñadas en llegar hasta los indígenas, y los prelados españoles a su vez empeñados en mantener la prefectura y en anexar Frontino a su jurisdicción por ser catalogado por ellos “como única garantía de salud y bienestar por su ubicación y la benignidad del clima”, y en consecuencia “objeto de un largo forcejeo entre los carmelitas y el obispado de Santa Fe de Antioquia” (70).

En los capítulos 4 y 5 se desarrolla lo que la autora considera el objetivo de su trabajo: “Este libro está centrado en el sufrimiento como reafirmación del sí mismo

---

1 Sobre este concepto la autora remite a Charmaz, Katty (1999). “Stories of suffering: subjective tales and research narratives”. En: *Qualitative Health Research*, Vol. 9, N.º 3, pp. 362-382.

misionero y de su identidad social” (13). A partir del estudio de biografías, cartas, diarios y entrevistas a testigos aborda “las carreras de padecimiento y la muerte” de dos importantes jefes de la misión evangelizadora en Urabá: Amando de la Virgen del Carmen y José Joaquín de la Virgen del Carmen. Así, el capítulo 4 se refiere al prefecto Arteaga, quien a pesar de su abierta rebeldía y desacuerdo con la no anexión de Frontino a la jurisdicción de la prefectura, es presentado positivamente en su desempeño heroico en la selva más inclemente bajo los subtítulos de “La fiebre inseparable compañera”, “Héroes en la selva”, “El jefe de una misión durísima y desabrida”, “Una santa y ejemplar muerte” y “A lo extraordinario del padre José Joaquín Arteaga nadie esta obligado”. Allí la autora señala con detalle el “padecimiento sufrido durante la dirección de la prefectura”, el cual, afirma, “comprometió de forma severa su salud y causa su muerte en 1926, a los 48 años” (108).

El capítulo 5, titulado “El costo de la obediencia: Fray Amando de la Virgen del Carmen”, está dedicado a quien se considera “quizá el fraile más recordado entre los pobladores del Urabá antioqueño”, a quien “Su actividad rayana en lo ‘inverosímil’, lo condujo a lomo de mula, casi ininterrumpidamente entre 1916 y 1941, hasta los confines de Urabá en desarrollo de las labores de la prefectura apostólica. Sus calidades en la evangelización y en la cura de las almas se difundieron gracias a los órganos de propaganda misionera, y sus ejecutorias se mantienen en pie en los poblados de la antigua jurisdicción misional” (137-138). A pesar de ello, intriga a la investigadora el hecho de que, paralelamente a toda esta actividad, el misionero haya solicitado con insistencia su traslado a los conventos de España.

En las cinco páginas que dedica a la “Reflexión final”, la autora sintetiza y propone claves para el entendimiento y mejor apreciación del comportamiento de estos misioneros materializadas en comentarios como “La vida del prefecto José Joaquín Arteaga en la región colombiana de Urabá nos acerca a las implicaciones del padecimiento crónico en la biografía personal” (167) y “El trabajo en Urabá se realza con ‘los sudores y las fatigas’ del apostolado, que confieren legitimidad a su actuación. [...] Por ello la construcción de la prefectura en su primera etapa se funde con la carrera de padecimiento de su primera autoridad” (169). De igual manera, se anota que Amando de la Virgen del Carmen “trasluce los significados cifrados del sufrimiento: el dejar pasar los hechos sin resistir, exceder ante la adversidad, hasta la gloria que ello implica” (170).

Pese a que la autora reconoce que “El concepto de padecimiento —tanto como el de enfermedad— es de carácter explicativo, comprensible dentro de una determinada comprensión de la realidad que cuenta con sus propios significados y relaciones socialmente definidos” (108), su transcripción y lectura se detiene en las quejas frente a la selva y las enfermedades que ella produce, y se conmueve. Sin duda la gana la inmensa empatía que tiene con sus protagonistas: acoge su lenguaje, no toma distancia, no hay espacio para la crítica, para el análisis económico y político en el que evidentemente están inmersos, y ni siquiera para la descripción

de las realizaciones a las que constantemente alude, mismas que le resultan obvias y, en todo caso, heroicas. Solo como ejemplo de lo por decir pudiera aventurarse, a manera de hipótesis, que estamos frente al caso del etnógrafo etnografiado, convertido; un pasaje del libro así lo sugiere “Mediante la escritura, el prefecto Arteaga conjura la distancia que separaba el enclave misionero de las ciudades colombianas y de Europa y consigue recrear en el destinatario una vívida impresión de sus padecimientos” (168).

Se trata sin duda de un texto singular, y muy seguramente lo que aquí se expone refleja solo parcialmente la trayectoria e interés que tiene. La invitación es a leerlo y a encontrar en él la perspectiva e información que proporciona el ejercicio de su autora.